

algar  COLECCIÓN CALZETÍN

La aldea de los monstruos

Iñaki R.
Díaz

Dibujos de
Oriol
Malet





La mariposa

Aquella tarde Totó no obedeció a sus padres. Pensó que era mejor seguir el extraño revoloteo de una mariposa que quedarse a jugar con su alegre amigo *Manchas* en el precioso jardín de casa.

Y así, corriendo tras la mariposa, pronto dejó de escuchar los ladridos de *Manchas*, que no quería quedarse solo.

La mariposa subía y bajaba cerca del suelo, como si desease que la atrapasen, pero cada vez que el muchacho se acercaba a ella, agitaba las alas con fuerza y se elevaba hacia el cielo alejándose de las manos de Totó. Por un momento el

muchacho pensó que la mariposa no era más que una mentirosa que solo intentaba burlarse de él.

Las piernas de Totó aún eran pequeñas y sus saltos, más pequeños todavía. Al muchacho le habría encantado tener unas piernas largas y fuertes para dar un buen brinco y atrapar aquella mariposa de colores mágicos, que era mucho más bonita que las que dibujaba en clase de Plástica.

Totó saltaba y reía sin parar, y tanto y tanto saltó y tanto y tanto rio, que cuando se dio cuenta de que se había alejado demasiado de casa, ya empezaba a oscurecer y la negrura de la noche comenzaba a teñir el infinito.

Y lo peor de todo es que había cometido el terrible error de adentrarse en el bosque.

Mamá y papá siempre decían que al bosque no se podía ir solo. Ahora Totó deseaba haber hecho caso a sus padres.

Si los hubiese escuchado, no se encontraría caminando asustado y alerta por un bosque que se alzaba amenazante y que no era tan silencioso como siempre había creído.

El bosque ya no sonaba igual que cuando lo contemplaba desde la ventana de su cuarto.



Los búhos, al ulular, parecían fantasmas. No los entendía, pero sabía que hablaban entre ellos, como si estuviesen decidiendo cuándo atacarlo.

Totó estaba realmente asustado.

Caminaba con dificultad porque el bosque estaba lleno de ramas, zarzas y troncos rotos. El bosque no se parecía en nada al cuidado jardín de casa.

No quería detenerse. Guardaba la esperanza de que, quizá, con algo de suerte, podría salir de allí en poco tiempo y alguna buena persona lo acompañaría hasta su casa, pero no podía acercarse a cualquiera. Debía buscar un policía y, si no lo encontraba, debía buscar una señora mayor. Eso es lo que su madre le había dicho que tenía que hacer si alguna vez se perdía.

Pero en aquel bosque no había ni policías ni señoras mayores.

Totó comenzó a llorar. Estaba muy arrepentido por no haber hecho caso a sus padres.

De repente, su corazón dio un brinco de alegría cuando, después de mucho andar, pudo ver a lo lejos una aldea. Sin pensárselo dos veces corrió hacia ella confiado.